



# THATCHER: CONSENSOS Y CIRCUNSTANCIAS

Tom Burns Marañón, periodista



**EL 4 DE MAYO DE 1979**, HACE 30 AÑOS, LA PRIMERA MINISTRA MARGARET THATCHER LLEGA AL 10 DE DOWNING STREET Y SALUDA A SUS COMPATRIOTAS JUNTO A SU MARIDO, DENIS. AHORA, 30 AÑOS DESPUÉS, FAES QUIERE RENDIR HOMENAJE A SU TRAYECTORIA, A SU LEGADO Y A SU LUCHA POR LA LIBERTAD.

En la España de 1979 Adolfo Suárez ganó sus segundas elecciones y unos meses después, a principios de mayo, Margaret Thatcher ganó sus primeras en el Reino Unido. Suárez practicó la política del consenso. Es lo que España pedía en plena transición política. A Thatcher toda propuesta de consenso la ponía muy nerviosa y por eso, porque no lo ocultaba, fue elegida líder del Partido Conservador en 1975 y primer ministro cuatro años después. Según avanzaba esa década de los setenta, el Reino Unido no estaba para consensos. Éste es el ineludible punto de partida para cualquier reflexión sobre lo que fue la era que marcó Margaret Thatcher.

Todo proyecto político tiene que ver con el ejercicio del poder, pero la naturaleza del poder consiste en adaptarse a circunstancias que cambian. El thatcherismo, como el legado de Suárez, son claros ejemplos de ello. Thatcher no comulgaba con un determinado consenso –el matiz es importante– y el que seguía insistiendo en aquello de que hablando se entiende la gente recibía un rapapolvo. De un determinado consenso no se hablaba y punto. Quienes trabajaban codo con codo con ella la llamaban TINA, no a la cara, claro.

TINA significaba “There Is No Alternative”, y Thatcher se hizo con el apodo porque repetía mucho esta frase a sus colaboradores. Es fácil

imaginarla recurriendo a la frase cuando decía: “Hay que dejar morir en la cárcel a los terroristas del IRA que se han declarado en huelga de hambre; hay que hacer frente al poder sindical; hay que retomar un islote donde viven 1.500 súbditos británicos en la otra punta del mundo que ha sido tomado por la fuerza por una dictadura militar; hay que apoyar el despliegue de misiles en Europa por la OTAN y la ‘Guerra de las Galaxias’ de Ronald Reagan. No hay alternativa”.

Hay bastante de caricatura en esto de TINA. Conocí recientemente a un importante consultor y periodista que fue asesor político de Thatcher en su primer Gobierno y le pregunté, como le preguntaría cualquiera, cómo demonios se asesora a alguien que circula por la vida y el poder con el piñón tan exageradamente fijo. Su relato fue interesantísimo.

Me explicó que cuando Thatcher proponía una iniciativa política que a él le parecía descabellada se limitaba a decir: –“Muy bien, *Prime Minister*, si usted hace esto, puede ocurrir lo siguiente, ¿y entonces qué haría?”. Thatcher, persona expeditiva donde las hubiera, inmediatamente decía: –“Haré esto”. El asesor contestaba: –“Muy bien (*very good*) *Prime Minister*, lo hace y puede ocurrir esto o esto otro. ¿Entonces qué haría?”. Entendí que lo que

**“Quienes trabajaban codo con codo con ella la llamaban TINA, no a la cara, claro. TINA significaba ‘There Is No Alternative’, y Thatcher se hizo con el apodo porque repetía mucho esta frase a sus colaboradores”**



FP Archives UPI

**ALIADOS, AMIGOS Y PROTAGONISTAS FUNDAMENTALES EN LA DEFENSA DE LA LIBERTAD QUE LOGRÓ LA DERROTA DEL COMUNISMO, MARGARET THATCHER Y RONALD REAGAN, MOMENTOS ANTES DE SU REUNIÓN EN CAMP DAVID EL 22 DE DICIEMBRE DE 1984**

se producía entre el político y su asesor era un inteligente y constructivo diálogo sobre opciones políticas entre quienes podían ser dos buenos aficionados al ajedrez. Al final Thatcher emprendía su iniciativa, que no era necesariamente la primera que tenía pensada, y al hacerlo podía legítimamente decir que no había otra alternativa porque había repasado a conciencia todas las demás y ninguna de ellas conseguía el objetivo deseado.

Las opciones políticas (*policy options*) que definieron a Thatcher iban ciertamente en una sola dirección, que era la

de romper un determinado consenso. Pero esto no fue, y es importante subrayarlo, hacer añicos lo que en el Reino Unido era conocido como el Post-War Consensus entre el Partido Conservador y el Partido Laborista que duraría hasta bien entrada la década de los sesenta y los tiempos del “Swinging...” y de los Beatles.

Los hitos de este consenso fueron los siguientes. Winston Churchill (conservador) gana la guerra; Clement Atlee (laborista) gana las elecciones de 1945, establece los cimientos del Estado de bienestar y no desarma el

Reino Unido –de hecho Reino Unido se convierte en potencia nuclear–; los conservadores (Churchill, Anthony Eden y Harold Macmillan) recuperan el poder y fortalecen el National Health Service, elevan la edad de enseñanza obligatoria, etc. Thatcher, que fue elegida diputada en 1959, no tenía ningún problema con este Post-War Consensus y admiró a ciertos políticos laboristas. De hecho, aunque se cree lo contrario, ni el gasto público decreció significativamente durante los años de Thatcher ni Thatcher se preocupó de la sanidad y de la enseñanza pública.

Para Thatcher este loable consenso se rompió en las duras peleas que protagonizaron Harold Wilson (laborista) y Edward Heath (conservador), Heath y los sindicatos (Thatcher para entonces ya era ministra), y los sindicatos y James Callaghan (laborista y sucesor de Wilson). A finales de la década de los sesenta comenzaba a notarse lo que los ingleses –siempre prestos a utilizar palabras francesas para explicar conceptos complejos– llamaban una cierta *malaise* en la sociedad británica, y ésta se fue agravando en la década de los setenta. Se había impuesto otro consenso en el Reino Unido y Thatcher dio un rebote: hasta aquí hemos llegado; la única al-

**MARGARET THATCHER** FUE ELEGIDA LÍDER DEL PARTIDO CONSERVADOR BRITÁNICO EN 1975. ESTA FOTO, CON SU MARIDO, DENIS, ES DE ESE MISMO AÑO. THATCHER Y SU MARIDO PINTAN SU NUEVA RESIDENCIA EN KENT.



PA/Cordon Press

**“El suyo fue un mensaje político fácilmente entendible que la mantuvo en el poder hasta 1990, y un proyecto muy claro que cambió el campo de juego económico, social y político”**



RIA/APP

**MARGARET THATCHER Y MIJAÍL GORBACHOV** LOGRARON FRAGUAR UNA RELACIÓN DE CONFIANZA. ESTA FOTO ILUSTR A LA VISITA DE LA DELEGACIÓN SOVIÉTICA A LONDRES, EL 7 DE DICIEMBRE DE 1987, DOS AÑOS ANTES DEL DERRIBO DEL MURO DE BERLÍN.

ternativa es que yo tome el mando, porque no hay otra. Los conservadores la entendieron. Heath dimitió y Thatcher le sucedió.

El nuevo consenso que puso de los nervios a Thatcher, y con ella a tantísimo británico, se manifestaba de varias maneras. En términos políticos se propuso, y hasta se practicó con distintos Gobiernos laboristas que estaban ya en plena decadencia, un consenso entre el poder del Parlamento (supuestamente soberano) y el poder sindical, que estaba en manos de diri-

gentes muy escorados a la izquierda, siendo varios de ellos miembros del Partido Comunista, que no tenía ninguna representación parlamentaria.

Eran tiempos en los que Callaghan, en plena oleada de paros, convidaba a los sindicalistas a Downing Street para hablar de la regulación de precios y salarios en torno a una mesa repleta de cervezas y de bocadillos. Ante esto, Thatcher se rebeló. El poder de la Cámara de los Comunes era sacrosanto y era el único lugar donde se decidían políticas fiscales.

**“A Thatcher se la tiene catalogada como una mujer mandona, y lo es. Pero lo que más la define fue su austeridad. Jamás tuvo, por ejemplo, una tarjeta de crédito. Su austeridad y su patriotismo”**

**“Ante la imagen de Thatcher como Dama de Hierro se ha de contraponer el hecho de que ningún político británico, ni antes de ella ni después, habló tanto de libertad individual”**

El nuevo consenso en la sociedad fue más difícil de definir pero no carecía de manifestaciones muy concretas. Ante el creciente paro, la aparición de la lacra de la droga y el fenómeno de los *hooligans*, con brotes racistas de por medio, la sociedad británica se volvió cínica y descreída. Fue el consenso del todo vale y de la negación del esfuerzo. Era una sociedad disfuncional que estaba a la deriva. El Reino Unido de la *malaise* con sus huelgas, su galopante déficit y su *punk rock* se había convertido en el enfermo de Europa.

Ante ello Thatcher habló con claridad de principios, de valores, del retorno a los fundamentos, del *back to basics*. Ante todo, la vuelta al trabajo bien hecho, a la recompensa por el mérito real y a los presupuestos equilibrados. A Thatcher se la tiene catalogada como una mujer mandona, y lo es. Pero lo que más la define fue su austeridad. Jamás tuvo, por ejemplo, una tarjeta de crédito. Su austeridad y su patriotismo. Quería volver a poner *Great* delante de Britain y que el Reino Unido se reconociese como tal. Se comprometió a regenerar y reconstruir Gran Bretaña.

El suyo fue un mensaje político fácilmente entendible que la mantuvo en el poder hasta 1990, y un proyecto muy claro que cambió el campo de juego económico, social y político. Ni lo uno ni lo otro fue improvisado. That-

cher estuvo cuatro años como líder de la oposición preparando su programa.

Se rodeó de mucha inteligencia liberal y conservadora. Estudió mucho y escuchó mucho sobre la libertad individual. Esto era novedoso porque los ingleses, por regla general, desconfían de las ideas, la buena gente de derechas sobre todo. Ante la imagen de Thatcher como Dama de Hierro se ha de contraponer el hecho de que ningún político británico, ni antes de ella ni después, habló tanto de libertad individual (*individual freedom*). A la vez Thatcher fue una ambiciosa profesional de la política y al contrario de otros en el Parlamento, que en otro rasgo muy inglés aparentaban ser aficionados, no lo ocultó nunca.

Lo cierto es que Thatcher rompía todos los moldes como mujer y como hija de un modesto comerciante. Educada en un colegio público, era completamente ajena a las tradicionales familias que dominaban el Partido Conservador y cuya existencia desconocía hasta que ganó una beca para estudiar Químicas en Oxford. En esto fue hija de su tiempo y de la posguerra, producto de una Inglaterra que ya borraba las castas sociales. En Oxford despertó su interés por la política y se dio cuenta de que podría llegar a donde quisiese.

Thatcher se metió al Partido Conservador en el bolsillo y a sus ministros,

**“Napoleón quería saber si sus mariscales tenían suerte. Thatcher quería saber si sus ministros, sus diputados y sus colaboradores eran *one of us*, uno de nosotros”**

hombres todos, los tenía aterrados. No toleraba a los *wets*, literalmente los “mojados”, y éstos eran los que no se fajaban y mostraban ese complejo de culpabilidad que les llevaba a evitar la toma de decisiones duras. Napoleón quería saber si sus mariscales tenían suerte. Thatcher quería saber si sus ministros, sus diputados y sus colaboradores eran *one of us*, uno de nosotros.

Cuando esos mismos que eran “de ella” le dieron la puñalada por la espalda, Thatcher reaccionó con dignidad y deportividad. “Qué mundo más raro” –*It is a funny old world*– fue lo único que se recuerda a estas alturas que dijo. El poder es adaptarse a las circunstancias y éstas cambian. Su proyecto político se había cumplido como en España se cumplió el de Suárez. En países entonces tan divergentes el consenso le sirvió a él y a ella no.

El heredero real de Thatcher, en muchos sentidos, fue Tony Blair. Ella legó un Reino Unido que rebosaba confianza, con una economía que funcionaba como no lo había hecho hasta entonces gracias a la desregulación, la competencia, el reconocimiento del esfuerzo y la responsabilidad y el respeto que infunde la libertad individual. Blair supo reconocer que el campo de juego fue el que ella había trazado y jugó con las mismas reglas. No sorprende que el político extranjero con quien mejor se entendió Blair fuese José María Aznar, cuyo proyecto político para la España de 1996 recuerda tanto al que comenzó a elaborar Thatcher veinte años antes. La época de Aznar y de Blair, tan próspera para España y el Reino Unido, fue de las muy contadas ocasiones en que convergieron las políticas de los dos países. Luego las circunstancias volvieron a cambiar.